

ABELARDO Y ELOISA: DOS CARAS DE LA MISMA MONEDA

Gustavo Viniegra González

Abelardo cavilaba cómo se podría acercarse a la bella Eloísa. Y, a través de los chismes de los estudiantes, encontró una solución a su problema. Fulberto, el canónigo tío y tutor de Eloísa, era vanidoso y a la vez mezquino. Quería que su sobrina, a la que había adoptado como su hija, fuese la doncella más admirada de París. Bella ya lo era, inteligente y vivaz desde niña. Pero no era culta. Como era costumbre, no había asistido a la escuela y mucho menos se le había permitido ser alumna del claustro de la catedral de Notre Dame, donde Abelardo era catedrático. Además, los preceptores privados más famosos cobraban demasiado para el gusto frugal de Fulberto. Especialmente, los maestros más reputados, los que más estudiantes atraían a sus conferencias, y por ello los que más dinero ganaban. Abelardo era el más famoso de todos. Su cátedra se llenaba con alumnos que colmaban las gradas y los pasillos, incluso, los que no alcanzaban a entrar compraban los apuntes de los que habían asistido. Fulberto, que paseaba por los corredores del claustro y veía con envidia la cátedra de Abelardo, musitó: “¡Ah, si pudiera pagar el estipendio de Abelardo, sería un preceptor formidable para Eloísa!” Un alumno que oyó esta exclamación dicha entre dientes se la comentó a sus amigos y éstos la repitieron enfrente de Abelardo, haciendo broma y a la vez, con admiración de su maestro.

Abelardo no pareció haber oído el comentario de Fulberto. Simplemente tomó nota y emprendió un plan de acción. Le pidió a un colega que era amigo del canónigo, que comentase su fastidio por dictar tantas cátedras y su necesidad de tener un descanso como preceptor privado de alguien que lo libraba por un tiempo del ruido y de las intrigas del claustro académico. Buscaba una casa tranquila y ordenada en donde reposar. A cambio, estaría dispuesto a dar una preceptoría doméstica.



Foto: Gustavo Garza Ramos

Fulberto oyó tal rumor y se encaminó al Barrio Latino, cercano a Notre Dame, donde encontraban casa barata y buena comida los estudiantes y los maestros, situado en la ribera izquierda del río Sena y a tiro de piedra de todos los grandes edificios de la vieja ciudad de París. Llegó sin previo anuncio y pidió al criado que le abrió la puerta una entrevista con Abelardo. Éste lo recibió con estudiada indiferencia. Lo invitó a pasar a su modesto comedor y le ofreció un vaso de vino tinto corriente, preguntándole sobre el motivo de su desusada visita.

El canónigo, acostumbrado a las caravanas y zalamerías del claustro, se irritó un poco pero conservó la calma, respondiendo: “Señor profesor, he notado desde lejos que su rostro se ha demacrado y muestra cansancio de tantas cátedras que imparte. Preocupado por su salud, quisiera invitarlo a que pase una temporada de reposo en mi casa que pongo a su

disposición. Solamente quiero pedirle un pequeño servicio, que sea preceptor privado de mi sobrina Eloísa”.

“¿Preceptor de una muchacha? Ni pensarlo”, respondió Abelardo. “Yo me ocupo de formar teólogos y filósofos y no doy clases a futuras damas de compañía.”

Fulberto no perdió la calma y replicó: “Eloísa no es cualquier muchacha. Es una doncella inteligente e instruida. Le he enseñado latín. Puede leer las escrituras en la versión oficial de la Iglesia. Conoce las declinaciones y sabe conjugar los verbos en francés y en latín. A la vez, toca la lira y tiene una voz muy dulce.”

Condescendiendo, Abelardo preguntó: “¿Pero, qué me ofrece a cambio?” Y después de una breve negociación se convino que se mudaría a casa de Fulberto. Tendría los alimentos y atención completa. El canónigo, a su vez, pagaría algunas deudas pendientes, incluyendo el mantenimiento de sus dos fieles servidores que lo atendían a diario. También se convino que Eloísa quedaría dispensada de las labores domésticas para tener más tiempo para tomar lecciones y para estudiarlas bajo la estrecha supervisión de Abelardo.

Abelardo casi no podía ocultar su alegría. A duras penas reprimió sus verdaderos sentimientos. Fingió un gesto adusto y acompañó a Fulberto al portón de la casa. Ya en la intimidad, saltó de alegría como un muchacho que acaba de aprobar un examen final.

Eloísa se enteró por su tío que Abelardo sería su preceptor. Ella, secretamente, se sintió muy halagada porque su ama de llaves y confidenta le había contado sobre las canciones de amor que Abelardo escribía con pseudónimo para que las cantaran los trovadores a una secreta enamorada. El ama de llaves conocía a una sirvienta del Barrio Latino, quien le contó el rumor sobre esas canciones dedicadas a una bella y pelirroja doncella, es decir, todo indicaba que eran para Eloísa. Los trovadores que venían de la Provenza y el Languedoc cantaban, acompañados de la mandolina y en las lenguas del sur —el occitán y el provenzal—, los madrigales que alegraban la vida del pueblo en las tabernas y en los mercados. Se hablaba de una doncella con talle delgado, pisada firme pero graciosa, voz cantarina como agua del arroyo y trenzas más rojas que el sol. Los versos pasaban de boca en boca por toda Francia y se repetían junto con los trovadores, preguntando quién sería esa bella doncella que había robado la calma a tan fino poeta.

Abelardo no ocultaba su impaciencia por mudarse a casa de Eloísa. Avisó en el claustro que el médico le había recetado reposo y dieta especial. Se ausentaría por unos meses para estudiar nuevos temas de exégesis o análisis de la Biblia a la luz de unos manuscritos de Aristóteles que le

habían llegado de Montpellier y provenían de viejas versiones traducidas en España por los árabes. Los estudiantes más cercanos a él sabían que había una dama de por medio y bromeaban sobre sus nuevos estudios sobre el Cantar de los Cantares, el escrito más erótico de la Biblia.

Cerró la casa, pagó a los sirvientes lo suficiente para que la mantuvieran en orden durante su ausencia, con el encargo de un empleado fiel que cuidase de sus pertenencias. Cargó muchos de sus libros en una acémila y tomó su caballo enjaezado en forma modesta, rumbo a casa de Fulberto.

Fulberto ya lo esperaba. Estaba muy arreglado y habían limpiado un cuarto especial para Abelardo, en el traspatio, cerca del huerto y separado de la casa principal. Así tendría tranquilidad e independencia. Junto a la chimenea había una mesa y cerca, un atril para la Biblia y los demás libros. Las ventanas daban al manzano. Por la mañana, se iluminaba con las primeras luces. Así, al mediodía, el cuarto ya estaba tibio aún durante el invierno.

Abelardo llegó con sus mejores calzas, portaba una camisa de lino fragante con flores de lavanda y portaba una gruesa capa de lana echada a un lado del hombro. Era un hombre recio, de estatura media, frente amplia y cabellos oscuros. Sus ojos eran penetrantes e inquisitivos, pero su gesto era risueño, con un evidente gusto por la buena vida y el buen humor. Su mentón era firme y amplio, con una mandíbula viril, bien musculada. Mostraba tener un carácter tozudo, que no se dejaba vencer por las dificultades.

Eloísa era delgada, pero sus formas femeninas eran evidentes y sensuales. Caminaba con una gracia de niña y de mujer. Daba más la impresión de que se deslizaba en vez de caminar. Su mirada tenía un cierto brillo desafiante. Sus gestos y mohines eran chispeantes y su voz encantadora. Sabía cantar, modulando su voz de forma tal que los maitines sonaban a veces como madrigales. Cuando la presentó su tío con Abelardo, se mostró tímida y recatada, por lo que Fulberto la animó: “No tengas pena. Se trata de tu preceptor. Se llama Abelardo y es el mejor catedrático de París. En deferencia amistosa a mí, que soy canónigo, aceptó enseñarte teología y perfeccionar tu latín por varios meses. Obedécelo en todo y más que a mí. Cuida que nuestra gente lo atienda como se merece y mantenme informado de tus avances.”

Abelardo saludó con formalidad y se mostró distante. Pidió ser llevado a sus aposentos y agradeció la hospitalidad. Por dentro, estaba entusiasmado y no cabía en sí de gozo. Tenía una sensación de frío en la garganta y en el vientre. Sus brazos y piernas temblaban levemente y el sudor invadía su cabellera.

Finalmente, se quedó solo en su nueva recámara. La cama era recia, de madera de roble, y estaba cubierta con pieles de oveja. Sobre las pellizas, había una colcha de lana y colores rojo y negro. Cerca de la cama, estaba la jofaina con agua y lo necesario para su limpieza y necesidades personales. En el centro de la sala, un candelabro de hierro con gruesos cirios y más allá, en el fondo, la chimenea guarnecida de una rejilla de bronce para evitar la salida de las chispas que, de tanto en tanto, salían despedidas de tres grandes troncos de encino encendidos desde hacía más de una hora. La atmósfera era tibia, a pesar de que, siendo abril, aún hacía frío en la calle. Esa habitación había sido un granero, pero ahora tenía el estilo austero y cómodo que le gustaba a Abelardo. Junto a la ventana había una mesa con dos sillas. Encima, los tinteros con tinta fresca y las plumas aún sin cortarse, listas para ser trabajadas con el corta plumas.

Al sentarse, Abelardo vio la sombra de la habitación proyectada sobre el muro que daba al huerto vecino. Todo a su alrededor estaba en calma, excepto su corazón que latía por encima de su aparente reposo. Su entusiasmo se hubiera delatado ante un médico que le hubiese tomado el pulso.

Eloísa tenía su recámara en la planta alta de la casa y su ventana daba al traspatio y al huerto, de modo que podía ver la puerta de la recámara de Abelardo. Ella también tenía el pulso acelerado. Se miraba en el espejo y corregía su peinado. Tenía dieciocho años y era mujer desde hacía tres. Había quedado huérfana de padre y madre durante una epidemia que asoló su tierra natal en un pueblecito del valle del Loira. Su tío la había recogido hacía más de diez años. El ama de llaves de Fulberto la cuidó y acompañó a través de su adolescencia. Su soledad la hizo madurar rápido y sin las ñoñerías usuales de la edad. Su tío, poco mundano, le enseñó el latín y el francés en la *langue d'oeil* propia del norte de Francia.

No acostumbraba hacer berrinches ni contar mentiras. Su trato con el tío era directo y formal. Cuando estaba en desacuerdo, se mostraba inflexible si creía tener la razón, aunque terminaba obedeciendo bajo protesta. Sabía montar a caballo. Le gustaba cabalgar a campo traviesa y no tenía miedo ni lloraba si se caía, aunque regresara con raspones y moretones a su casa. No hacía caso a los jóvenes que la encontraban y le decían piropos. Mostraba un gesto de desdén y se marchaba de inmediato. Y si le decían impertinencias, sabía poner a los imprudentes en su lugar sin llegar a la vulgaridad. Sabía de la vida y de sus ciclos. Había ayudado al vaquero para que las vacas pariesen bien, conocía del celo entre el macho y la hembra y había visto la monta de las vacas como algo interesante, a todas luces natural.

En su sangre bullía la pasión por la vida. Era un espíritu libre, fuera de las mojigaterías y de las limitaciones pudibundas de la época, pero no era insensata ni insolente y sabía ocupar su lugar en la sociedad parisina, en donde su tío era conocido y respetado. Sabía que siendo mujer era de las pocas que leía bien el latín y que podía escribir sin faltas, tanto en los documentos oficiales como en la lengua vernácula. Por ello se aburría de la plática chata y de los rumores de las mujeres que la rodeaban.

De Abelardo, admiraba su espíritu retador. Sabía que en el claustro de Notre Dame muchos de sus colegas lo envidiaban, incluyendo a su propio tío. Como su cátedra estaba llena y los profesores vivían de los estipendios que dejaban los alumnos al final de cada clase, no todos tenían el mismo dinero que Abelardo. Los menos elocuentes resentían su prestigio y popularidad. Por eso propiciaban rumores contrarios a Abelardo, en el claustro y los conventos. Se le acusaba de hereje, especialmente entre los dominicos que sospechaban de sus lazos con los trovadores del sur, donde se decía que aún se ocultaba la herejía cátara. Esta herejía predicaba la dualidad del mundo y reclamaba el derecho para interpretar la Biblia. Este era un punto de diferencia con fray Anselmo, quien insistía en la necesidad de inspirarse en la Revelación y olvidarse de la Razón. En cambio, Abelardo insistía en usar la corriente aristotélica de analizar las escrituras a la luz del entendimiento y de la lógica.

A pesar de los rumores y de los debates sobre el filósofo, a Eloísa le ganaba sobre todo el espíritu poético de Abelardo. Admiraba la sensibilidad de un pensador que hacía versos de amor, quizás dedicados a ella. Como tantas mujeres, desconfiaba de los hombres que hacían discursos para oírse a sí mismos. Pero esto era distinto, eran versos de un amor secreto hecho público. Era un mensaje íntimo, mostrado con delicadeza, en el escenario del teatro más grande, el teatro de los trovadores que cantaban en castillos, plazas y posadas a lo largo del reino.

Por esa razón, el discurso de Abelardo, el filósofo, parecía llevar oculto el discurso de Abelardo el poeta y viceversa. Era una increíble conspiración. Diciendo la verdad a todos, sin que todos la pudieran entender. Y lo que era más increíble: era una conspiración amorosa, llena de pasión y añoranza por una mujer que bien, que seguramente, que claro que sí, era ella.

Así, lleno de expectativas, terminó el primer día de Abelardo y Eloísa con una cena bien servida, una conversación prudente y un tono formal. Era como si el fuego de las brasas estuviese cubierto de cenizas. Fulberto sintió la tensión sin poder decir de quién o hacia quién venía. Simple como era para entender los sentimientos, lo atribuyó a su propio triunfo. Allí tenía, cenando como su

empleado, al preceptor de su sobrina, nada menos que el propio Abelardo, la lumbrera del claustro de Notre Dame, el adalid de la razón, el erudito de las escrituras y la admiración de la juventud estudiosa de ese tiempo.

Pronto cayó la noche. Callaron los ruidos de la calle. Las carretas dejaron de chirriar. Dejaron de oírse los pregones. Sólo se escuchaban los ruidos de los grillos. Las vacas ya habían dejado de mugir porque el vaquero las había ordeñado y sus ubres habían descansado de la hinchazón vespertina.

Abelardo se retiró, dando las gracias por la refacción propia de una casa tradicional, aunque se había rehusado a comer demasiado tocino y el vino agrio lo había diluido con agua.

Cuando cruzó el jardín, Eloísa ya lo observaba detrás de la cortina de la ventana que daba al oriente. Lo vio marchar con paso vivo entre las piedras del jardín. Y no dejó de notar un salto alegre, como de niño, que notaba la alegría de su corazón. Sí, claro que sí, era cierto que Abelardo estaba ahí por ella. Era ella y sólo ella el objeto de sus poesías. Nadie más podría haber logrado que Abelardo se plegase a las órdenes de Fulberto. No era un acto de servilismo ni de oportunismo político. Era un acto de amor. Era el comienzo de una aventura. Era la aventura amorosa del hombre que ella admiraba. Era la única y posible explicación de la extraña dirección que Abelardo había tomado en su carrera.

Así, con el corazón, las sienas y el vientre hinchados de pasión, con un escalofrío extraño, brincó en el lecho, abrazó la almohada y se durmió sin siquiera desnudarse, ni deshacer sus trenzas, ni aflojar su corpiño, ni quitarse las bragas. Todo era perfecto y no merecía otra cosa que penetrar el mundo oculto de los sueños. Sueños que serían de amor, de pasión, de fuego y de ternura. Sueños que no recordaría hasta que los viviese despierta. Sueños que la llenaron de sudor e invadieron su bajo vientre con un escozor, con una dulzura, con un calor, con una humedad, que nunca había sentido. Y que, sin embargo, le quedó escondida en lo más recóndito de su sueño. Había alcanzado el clímax sin saberlo. Sin que lo recordara al día siguiente. Con la extraña sensación de ser mujer de una manera que ni siquiera podía imaginar en su vigilia.

Abelardo no pudo dormir. La fantasía estaba demasiado cerca de la realidad. Lo cegaba con su luz y el deseo era tan intenso que podría sentirse como un dolor, como una punzada, como una ansiedad, que le producía insomnio. Fiel a su vocación, se desahogó con la pluma y el pliego de pergamino que estaban sobre la mesa. Cortó la primera pluma y de ahí fluyó la negra tinta, transformada en versos de amor. Su amor casi se volvía descarado, pero no podía

arriesgar su aventura o exhibir el nombre de su amada y la razón de sus desvelos. Fulberto no le perdonaría el engaño y la pobre Eloísa quedaría a merced de la intolerancia de su tiempo.

Sus versos se transformaron, de profanos, en versos sacramentales. La pasión quedó sublimada en forma de un escrito religioso. Al revés de Eloísa, Abelardo se hundió en el amor místico y escondió en la forma más consciente posible a la más profunda e inconsciente de sus pasiones. Era un ejercicio inverso al natural. Antes había escrito versos de amor para compensar la aridez de sus escritos filosóficos. Ahora escribía versos sacros, para dar salida a su erotismo más sencillo y elemental. Y este ejercicio *contra natura*, lo dejaba más inquieto y ansioso que antes de realizarlo.

Si, alguna vez, alguien pudo haberse asomado a las almas de Eloísa y Abelardo, habría visto que eran dos caras opuestas de una misma moneda. Eloísa podía ver la pasión amorosa como una compañía natural de su intimidad personal y religiosa. Abelardo usaba la cobertura religiosa para ocultar, sin conseguirlo, su pasión humana. Por eso Eloísa conseguía más fácilmente estar en paz consigo misma. Y, al lograrlo, al reconocer su naturaleza femenina y sensual, encontraba la forma tranquila de estar en comunión con Dios. Abelardo, por su parte, nunca lograría hacer la paz consigo mismo. Su pasión intensa lo sorprendía y lo avergonzaba. Quizás los dominicos tenían razón. Abelardo bien podría ser un cántaro disfrazado de católico. Posiblemente las enseñanzas de sus abuelos lo perturbaban y le hacían sentirse impuro cuando entraba en contacto con el mundo de los sentidos. Por eso parecía tan obsesivo al utilizar la razón para explicar o tratar de apaciguar sus pasiones. Se sentía dividido, como si creyese que el mundo era doble, una parte sensual y perversa y otra ideal y noble.

Así, con la misma trama pero con distinto sentido, Abelardo y Eloísa pasaron su primera noche en la misma casa, con igual obsesión, pero sin tocarse, verse, ni olerse. Así sería su destino. Su pasión sobrepasaría las limitaciones del mundo físico y seguiría a través de los símbolos y los pergaminos, hasta que la muerte los separó, para juntarlos, por los siglos de los siglos, en el cementerio de Père Lachaise. ☒

Gustavo Viniegra González (México D. F., 1940). Médico Cirujano por la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México; Maestro en Ciencias, en la especialidad de Bioquímica, por el Centro de Investigación y Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional; y Doctor in Philosophy, en la especialidad de Biofísica, por la Universidad de California en San Francisco. Es Profesor Distinguido de la Universidad Autónoma Metropolitana (Iztapalapa) e Investigador Nacional Emérito. Su campo de estudio es la Biotecnología Ambiental. Es miembro del Concepto Editorial de *Archipielago*.